



# El dulce vicio de escribir



**Julio Ameller Ramallo.** Sucre 1914 - 1977. Uno de los más significativos poetas del Parnaso Nacional. Animador de innumerables certámenes poéticos, obtuvo varias distinciones, especialmente en los Juegos Florales; en 1947 se hizo merecedor de la Banda del Gay Saber. Fue miembro del grupo "Fuego de Poesía".

Evocando el mensaje soñador de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" de Miguel de Cervantes, escribió dos epístolas poéticas: "Última Carta de don Quijote a Sancho" y a su vez la respuesta del fiel escudero a su Mentor. Reproducimos en esta edición la primera, como homenaje a quien más allá de la Mancha y de cuyo lugar no es posible olvidarse, compromete su palabra con la exaltación de los valores humanos.

## Última Carta de Don Quijote a Sancho

A punto de morir de amarga muerte  
que me deparan Curas y Carrascos,  
hoy me place escribirte cual solía  
en épocas mejores mi buen Sancho.

Bien lo sabes...

Belianis, Palmerín y Florismarte  
armaron de valor este mi brazo,  
y Amadís, que de Urganda es noble amigo,  
me enseñó que el amor nunca fue vano.

Tales los guías que el destino puso  
junto a mi vera. Yo, de claro en claro,  
sus razones caté pues no gustara  
hasta entonces mi sed mosto que tanto  
embriagara cual logran los que saben  
hacer de la verdad sólo un engaño.  
Rocinante llevóme por senderos  
que mi impaciencia denostaba largos  
y en los que, tú lo sabes, los castillos  
en ventas convirtió Frestón el mago.  
Desfacé entuerros, desmañé gigantes,  
por doncellitas se esforzó mi brazo  
y de triunfos en todas estas lides  
nunca el destino resultóme avaro.

Hirióme luego el que juega niño,  
ciego inocente, con sutiles dardos,  
y fue mi Dulcinea la que supo  
llenar de mi tristeza el triste vaso.  
Nunca miraron ojos cual los suyos  
que de la aurora son Adelantados.  
Es por ella, por ella, tú lo sabes,  
que cantan en el alba los regatos  
y por ella, también, que de pesares  
vivió muriendo aqueste herido hidalgo.  
Fué mis Filis, Angélica, Luscinda,

Madásima la Reina, fue el regalo  
que me hicieron los dioses al quererme  
de suspiros señor, señor de llanto.  
Por ella fuí a la vez don Durandarte,  
Montalván valeroso, triste Orlando,  
gemidor Espladián, Bernardo el fuerte  
y el dulce Darinel enamorado,  
pues siendo aquel amor suma de todos,  
por a todos supe amar sin ser amado.  
¡Ah tiempos los de ayer! Tiempos mejores  
para siempre perdidos mi buen Sancho.  
Para qué recordar si la memoria  
es de los dones el más cruel y amargo.

Y debo referirte los motivos  
que inducen a escribirte tan al cabo,  
a quien urgido a morir ya muere  
por culpa de Sansones y Carrascos.  
La razón recobré. Tal lo confirman  
quienes odian la estrella y el milagro  
y el don Quijote que hasta ayer soñaba  
ha retornado a ser el buen Quijano.  
Siempre el soñar condujo a desventura.  
Por soñar fuimos ambos, buen hermano,  
dos ilusos que hicimos nuestras armas  
en combates que a todos son extraños.  
Molinos convertimos en gigantes  
y llamados a expiar todo pecado,  
a diario equivocamos los yangüeses  
que nos midieron con sus duros palos.

Dulcinea, mi hermano, fue mentira

y sólo fue verdad lo de mi llanto.  
Marchamos por el mundo siempre solos  
creyendo que mi lanza iba alumbrando.  
Ya la he guardado. Para siempre duerme.  
No pretenda tomarla algún villano,  
que de saberlo de mi tumba fuera  
capaz de levantarme, y llamando  
a la tuya, ¡oh espejo de escuderos!  
limpiara aqueste mundo de un lanzazo  
poniendo en su lugar a los canallas  
que pretenden vestirse de Quijanos.

Y olvidaba el motivo de esta carta.  
Sancho Panza sin par, amigo Sancho:  
olvida los luceros y las ínsulas  
y recuerda al demente que del barro,  
quiso forjar estrellas porque alumbren  
los senderos del mundo tan amargos.  
Esta carta es mi adiós. Eso era todo.  
No me llores, amigo, son tan raros  
los que aún saben llorar... Me voy sin pena.  
Es tan grande y tan hondo mi cansancio...  
Límpiate las narices no seas tonto.  
Hay que partir a tiempo mi buen Sancho.  
No me llores, amigo, no me llores.  
Que Dios nos dé su paz, al fin y al cabo.

